

### 135. El respeto a la Naturaleza

Entre los muchos signos que caracterizan a nuestra sociedad de hoy está uno muy llamativo y de grandes alcances, como es el *respeto a la Naturaleza*. Cada vez crece más el interés por conservar bien ese patrimonio que Dios nos ha dado a todos y que no queda reservado al disfrute de unos pocos.

Son muchos los que están preocupados por tantas desgracias naturales que nos afligen: un día es un terremoto, otro día es un ciclón; un año nos arruina la sequía, otro año nos llueve demasiado; una vez se nos echa encima un calor asfixiante, otra vez invaden nuestros campos animales dañinos...

Cuando estos fenómenos vienen producidos por causas que escapan a nuestro poder, nada hay que decir sino aceptar las limitaciones de una Naturaleza que no ha llegado a la perfección que alcanzará un día en los designios de Dios. Y entonces, con resignación cristiana y con fe en la Providencia, sabemos decir: *¡Que se haga la voluntad de Dios!...*

Pero hoy se nos ha metido a todos la convicción de que muchos de esos males hay que achacarlos a la culpa del hombre, porque son producidos en parte por los crímenes que estamos cometiendo contra la Naturaleza, como es la indiscriminada deforestación de la selva, el abuso de los insecticidas, la caza de animales beneficiosos para los campos y las cosechas..., y tantos abusos más que tienen muy preocupadas a personas y a autoridades responsables.

Cuando la culpa es nuestra —siempre se la echamos a las *multinacionales*—, no podemos resignarnos con un *¡Que se haga la voluntad de Dios!*, porque esas cosas no las quiere Dios.

No podemos permitir que la avaricia de unos pocos cause estragos en los bosques o en las tierras de cultivo. Los males que trae ese egoísmo de unos cuantos son después irreparables.

Si la culpa la tenemos los hombres, hay que exigir responsabilidades.

Hay que hacer examen de conciencia.

Hay que trabajar unidos con las autoridades.

Hay que educar a los niños para que desde el principio respeten y amen esa Naturaleza que Dios confía a nuestros cuidados.

Y en esto nos fijamos nosotros ahora: en ser respetuosos con la Naturaleza. Para ello, no hay nada mejor que enamorarse de esa Naturaleza en la cual Dios se ha prodigado con esplendidez asombrosa.

Un salmo de la Biblia (103,1-2) dice que la Naturaleza es como *un manto rozagante con el que Dios se ha vestido para mostrar su gloria. Lo envuelve la luz*, y cada criatura es como una joya engastada en vestido tan esplendoroso. La misma Biblia nos dirá en otro libro (Eclesiástico 42,17 y 26): *Todos los santos de Dios son incapaces de contar tantas maravillas... ¿Y quién se cansará de contemplar tanta gloria?...*

Hoy más que nunca hemos de valorar estas palabras de la Biblia, pues ellas nos descubren lo felices que somos al gozar de las maravillas de Dios, al mismo tiempo que nos hacen ver el mal en que podríamos caer si no conocemos la Naturaleza en que Dios nos ha colocado.

Ponemos el caso de quien vive en la gran ciudad. Si no sale de ella nunca y no va nunca al campo, no conoce en absoluto el cielo de la noche. La iluminación artificial le impide ver las estrellas, y, efectivamente, no ha visto más que unas cuantas muy pálidas, de modo que ni sospecha la belleza incomparable de un firmamento estrellado que habla tanto de Dios...

En este sentido, no hay nadie tan feliz como el campesino de nuestras tierras. La Naturaleza virgen le hace gozar de una belleza y le enseña una sabiduría que no se aprende en los libros de las bibliotecas, belleza y sabiduría que, además de deleitarle el alma, lo elevan a las mayores alturas de Dios. Solamente la contemplación de la Naturaleza ha podido inspirar los dichos más geniales y más sencillos de la Biblia. Basta recordar algún dicho que otro.

- *Perezoso, observa las hormigas...* (Proverbios 6,6). Habrá quienes lean esto y no entiendan la comparación, porque nunca han visto a esos animalitos trabajar tan penosamente para hacer provisiones para el invierno.

- *Mirad los pájaros del cielo que no siembran y contemplad las flores del campo que no hilan ni tejen...* (Mateo 6,26). Esta poesía incomparable de Jesús estuvo inspirada únicamente por la observación de la Naturaleza en campos de Nazaret.

- *Cuando contemplo el cielo, obra de tus manos, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él?...* (Salmo 8,4). Palabras semejantes nos hacen adivinar a un salmista que se pasma ante el sol que sale por la mañana y que se esconde por la tarde, a un hombre que no se cansa de contar estrellas y de adivinar figuras con las constelaciones... De las criaturas ha aprendido a subir de una manera tan espontánea hasta el Creador.

Porque, efectivamente, la Naturaleza es el primer evangelio de Dios, y este evangelio lo lee como nadie el alma sencilla, enamorada de las obras del Creador: del sol, la luna y las estrellas; del agua pura de las fuentes, de los ríos caudalosos y del ancho mar; de los animales que retozan libres por la pradera y de las flores vistosas y perfumadas... A este propósito, el *Cántico del Hermano Sol* de Francisco de Asís será la poesía suprema e inmortal, nacida de un alma enamorada de la Naturaleza.

Nosotros, como personas responsables, lamentamos los pecados que se cometen contra esa Naturaleza que Dios nos ha brindado. Pero, más que lamentos, nosotros derrochamos amor y respeto a la obra maravillosa del Creador. Si gozamos de la Naturaleza, es porque tenemos alma fina. Si la respetamos, es porque la necesitamos y porque en ella nos encontramos de mil maneras con nuestro buen Dios...